

GIUDITTA DEMBECH

EL GRAN
LIBRO DE LOS
ÁNGELES



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Nueva Consciencia

EL GRAN LIBRO DE LOS ÁNGELES

Giuditta Dembech

1.^a edición: marzo de 1996

10.^a edición: julio de 2022

Título original: *Gli angeli fra noi*

Traducción: *Gisela Modica*

Diseño de cubierta: *Marta Rovira*

sobre una ilustración de Henri Ludovic Marius Pinta

© 1994, l'Ariette-Seiimo Torinese

(Reservados todos los derechos)

© 1996, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-890-9

Depósito Legal: B-33.088-2008

Printed in Spain

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada,

transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio,

ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Antecedentes	9
Prefacio	13
Los ángeles existen	18
Los ángeles de los «otros».....	31
La síntesis histórica	36
Las tres tríadas	43
Volvamos a verlos hoy	47
Breve historia de los arcángeles	56
Ángeles y astros	74
Ángeles y astrología	84
Los ángeles y los elementos	98
Los ángeles y los vientos	109
Tritemio de Spanheim	115
Los ángeles en la nueva era	129
El color violeta	137
Los ángeles entre nosotros	142
Los caudillos ocultos	166
Colaboración entre ángeles y hombres	176
Colaboración activa	189
El sello del ángel	199
Los ángeles en el futuro del hombre	205
Mensajes de los ángeles	218
Los ángeles en nuestras casas	230
La meditación como camino	239
El amor como última meta	246
Los ángeles de los lugares elevados	251
Oraciones a los ángeles	269
Elenco de los ángeles custodios	288
Los ángeles lunares	309
Conclusión	314
La gran invocación	316
Bibliografía	317



A tantos ángeles silenciosos
y desconocidos
que cada día entretejen
la vida de todos nosotros.

ANTECEDENTES

«Basta, ¡éste es el último libro que escribo!»

Así me decía Giuditta hace un año, cuando apenas había acabado de escribir *Turín. Ciudad Mágica n.º 2.*

Y todavía hace un mes: «Este año me voy a la montaña y no haré nada, no escribiré ni una línea, descansaré y basta».

Yo no la creía, y en el fondo ni ella misma, pero tengo el deber de espolearla para que no se duerma en los laureles, y por tanto insistí, un poco insinuante: «Para ti escribir es como respirar, tú debes escribir...»

Pero ella se encogía de hombros.

Parecía de verdad que no quisiese hacer nada, me veía obligado a seguir argumentando, como quien no quiere la cosa, pero insistiendo.

«El tuyo es un talento natural, debes ejercitarlo, como un pintor debe pintar y un músico debe tocar, tú debes escribir...»

Ella continuaba con su indiferencia y yo me veía obligado a discutirlo en el plano metafísico y con un tono más perentorio: «¿Qué dirás cuando se te pregun-

te qué has hecho de tus talentos, los has usado de la mejor manera y siempre?»

Ella protestaba, pero hoy, en el breve tiempo de un mes, trabajando duramente día y noche, el nuevo libro se ha acabado. Debo también decir que antes de decidirme a comenzarlo, se lo pensó durante ocho años.

Giuditta comenzó a hablar de los ángeles en el año 1985, primero en nuestra transmisión radiofónica y después en una serie de conferencias.

Para mí, como para muchos, fue como descubrir un mundo nuevo.

Nuestra cultura católica nos recuerda la existencia del ángel Custodio; mientras se es niño, va bien, pero después, de mayor, ¿quién sigue creyendo? El ángel lo relegamos al mundo de las fábulas, junto con los viejos juguetes y Papá Noel.

En el Antiguo Testamento los ángeles eran a menudo mensajeros de un Dios vengativo. En los Evangelios se dedican a las Anunciaciões.

Y hoy ¿adónde han ido a parar?, ¿por qué no aparecen más, ¿por qué no se habla de ellos?

Y ha sido muy hermoso redescubrir que jamás se fueron, que son criaturas de planos superiores pero reales, que están aquí para ayudarnos; basta con que nosotros creamos en ellos y les invoquemos, y se precipitan en nuestra ayuda, cada uno según su cometido.

Y junto al ángel custodio, se asoma el ángel de la casa, el de la familia, el del lugar, el de la ciudad, el de la nación y así hasta el infinito...

Son los «ayudantes invisibles» que tras una llamada

nuestra están preparados para intervenir en nuestro favor pero respetando siempre las leyes del karma.

Seres de luz, de muchos niveles evolutivos, se mueven con armonía en torno a nosotros.

Pero, según la teoría de los opuestos y de los contrarios, es sabido que donde está el blanco también está el negro, al día se opone la noche, al calor el frío, etcétera.

Si existe una multitud de ángeles «blancos», existe, por contraposición, otra multitud de ángeles negros, éstos también indudablemente necesarios para el desenvolvimiento del Plan.

Donde hay inmovilidad, estatismo, no hay evolución. El movimiento se crea por contraposición de dos fuerzas, y en el movimiento hay evolución.

Pero de los «ángeles negros» Giuditta no quiere hablar. Su deber, dice, es el de sembrar serenidad y esperanza... y encontrareis mucha en las líneas que siguen.

ALDO GRASSI
Turín, agosto 1993

PREFACIO

Estoy acostumbrada a escribir, me es tan connatural como respirar, pero, antes de iniciar este libro he sido asaltada por todo tipo de angustias: del sentido de inutilidad; del deseo de tirar por la ventana todos los apuntes, pues el trabajo era demasiado difícil; de un sentido de desesperación que me empujaba a huir a cualquier lugar donde fuese imposible escribir.

Después, una mañana, mientras hojeaba un libro del siglo XVI sobre los ángeles, he centrado mi atención sobre dos líneas; gritaban mi misma ansiedad desde una época tan lejana y tan diversa... Entonces he comprendido...

En su libro *Aurora consurgens* (el libro que estaba consultando), Jacob Bohme dedica a la angelología diez capítulos y añade: «Advierto al lector que ama a Dios de que este libro sobre la Aurora no ha sido terminado, en cuanto que el demonio se ha propuesto interponer obstáculos, viendo que, por su medio, el día está por aparecer».

No creo en ningún otro demonio si no en el que está encerrado en el corazón del hombre. Comprendí

entonces que de aquel demonio es de donde partía mi angustia.

De estas páginas más no «está a punto de aparecer el día» como decía Bohme, sino que una pequeña luz ciertamente se trasluce.

Y así, con el amor de siempre, con la misma carga de alegría, humildad y espíritu de servicio, me he embarcado en la aventura.

La temática es tan enorme que aterroriza hasta al más aguerrido de los escritores. Es imposible comprender en pocas o tantas páginas, una realidad tan polifacética y compleja como la de los ángeles.

Nada tengo que enseñar a nadie. Que no les siente mal a los teólogos, no pretendo invadir sector alguno de sus conocimientos.

He intentado recopilar lo mejor de muchos libros a menudo imposibles de encontrar. He querido reunir pensamientos y filosofías a veces muy diversas entre sí; reunificar pensamiento cristiano, pensamiento laico, cabalístico, teosófico, clarividencia pura en una única solución.

Mi amor por los ángeles viene de antiguo, comienza en mi primera infancia. Fue un período en el que mi familia se trasladó desde Turín a Cirié, una pequeña población. El otoño y el invierno transcurrían en un espeso muro de niebla. Cada mañana, quieras o no, debía sumergirme en aquel elemento desagradable para ir a la escuela. Aquel no ver nada y no ser vista me daba mucho miedo. Me parecía estar abandonada, sola, sobre un planeta desconocido.

Fue en aquellas travesías a ciegas, cuando, para darme coraje y encontrar compañía, comencé a dialogar

gar con mi ángel custodio. No he dejado jamás de hacerlo, y desde un cierto punto en adelante el ángel ha comenzado a responder...

Más adelante en los años, otros ángeles han entrado en mi vida, con el nacimiento de mis dos hijos; el diálogo también se ha extendido a ellos, para encomendarles a mis pequeños (ahora son mayores).

Nadie puede, jamás, programarse autónomamente una vida; mi destino me ha llevado, quieras o no, a ocuparme de los mundos del espíritu. No se cómo o cuándo di el primer paso, todo ha sido así estrechamente entrelazado a mi vida de todos los días...

En 1985 comencé una serie de transmisiones sobre los ángeles para Radio Centro 95. La temática me había siempre fascinado, aunque el material sobre el que trabajaba era, y es aún, escasísimo.

En 1987, Eduardo Bresci, el llorado fundador de la Casa Editorial «L'età dell'Acquario» me prestó la traducción de un libro de Hodson que quería publicar: *La fraternidad de los hombres y de los Ángeles*.

Leyéndolo, me daba cuenta de que todas aquellas cosas que hasta entonces había solamente intuido tomaban finalmente forma. En la mente y en el corazón tenía un enorme ovillo de nociones, informaciones, conocimientos parcialmente míos y parcialmente «sugeridos». Era como si de aquellas páginas emanase una gran luz. La confusión y el desorden con que todo era agavillado en mi mente, asumían una armoniosa colocación. Todos las piezas encajaban en su lugar...

Fue como si alguien hubiese abierto una puerta sobre un panorama grandioso, y aquella puerta todavía no se hubiese cerrado.

Una frase sobre todas me impresionó; formaba parte de un mensaje dictado directamente por los ángeles.

«Condición esencial por vuestra parte es el convencimiento de nuestra existencia; a tal fin deberéis obtener más informaciones sobre nosotros y representarlas de tal modo que resulten aceptables tanto al científico como al poeta, al artista como al soñador...»

En aquel momento caí en la cuenta de que podía colaborar con mis propios medios en este trabajo de divulgación. He empleado casi ocho años en reflexionar, pues el trabajo es de verdad inmenso.

Hablar de ello por medio de la radio y las conferencias ha sido relativamente fácil; reordenarlo todo en un libro ha sido una empresa terrorífica. ¿Por dónde podía comenzar?

Ésta es la razón por la cual encontraréis, acaso, los capítulos desligados el uno del otro, algunas cosas repetidas y otras en desorden. Otras incluso ni siquiera están, como la explicación de las Sephiroth. Me ha desanimado y lo he dejado. Demasiado difícil.

Hay demasiadas cosas que decir, algunas parecerán como de ciencia ficción, otras se darán por descontado. Lo he hecho lo mejor que he podido, con una inmensa humildad y gran espíritu de servicio, pero mis medios son tan limitados y Ellos, por el contrario, son tan complejos...

Estoy segura de que mientras escribía «Ellos» me han ayudado espiritualmente, ilimitadamente, pero, en cambio, se han distraído un poco en relación con mi cuerpo físico, a veces demasiado frágil e indolente, pero, acaso, los grandes milagros ya los habían hecho conmigo...

Encontraréis en estas páginas, quizás en desorden, pero en total hermandad y más allá de todas las teologías, ángeles «cristianos», cabalísticos, devas, espíritus de naturaleza, Dhyan Choan, lado a lado, con la perfecta armonía que les es característica, sin espíritu de competición, sin necesidad de confrontarles para establecer cuál de ellos era «pagano» y cuál no.

El ángel es energía, es presencia, sea cual sea el nombre o la imagen con el que que la tradición humana le ha denominado.

El ángel es realidad. Que el hombre moderno lo crea o no, el ángel existe, nada podrá cambiar su Ser.

Entre tantas tesis que he examinado a este propósito, serán la mente y el corazón del lector quienes hagan la elección; será su seguro instinto quien le guíe hacia la teoría más afín a su modo de ver, sentir y pensar. Mi deber es semejante al del sastre: elegir, seleccionar, cortar y coser conjuntamente varios fragmentos multicolores, hasta convertirlos en un conjunto armonioso, pero... de mí no hay sino la aguja, el hilo y la paciencia. Todo lo demás preexistía. Había que sacarlo fuera, compararlo y armonizarlo. Y os aseguro que ha sido muy fatigoso.

Una última cosa: ocurre, a veces que en un libro de quinientas páginas sean suficientes sólo diez líneas para cambiar la vida de quien lo lee.

No tengo la loca pretensión de cambiar vuestra vida, pero espero con todo el corazón que muchos de vosotros encontréis aquí, en alguna parte, esas diez líneas ..

LOS ÁNGELES EXISTEN

Entender al Ángel

Si queremos entender plenamente la dimensión de los ángeles, debemos aceptar el supuesto de su existencia real.

Los ángeles son reales en la misma medida en que es real este libro que tenéis entre las manos.

Se podrá objetar que al libro se le puede ver, sentir, que tiene consistencia al tacto, que pesa, mientras que el ángel no tiene nada de esto y es del todo invisible...

También la fuerza de la gravedad es invisible y, sin embargo, es la fuerza más importante de todo el universo. Determina la estructura física de cada ser vivo, permite a los océanos permanecer en sus abismos, al viento seguir una dirección y mantiene en perfecto orden cada cuerpo, viviente o inanimado. Y sin embargo, no existe en nuestro actual nivel de tecnología un instrumento capaz de medirla.

Sabemos que está, que existe, pero no podemos intervenir de ninguna manera sobre ella; no conocemos ninguna de las leyes que regulan su curso.

Para la ciencia del 2000 la fuerza de la gravedad continúa siendo un misterio, como los ángeles; con la diferencia de que, sobre los ángeles, se han dicho muchas más cosas...

Cada ser humano, ya sea bueno o malo, santo o pecador, dispone de su ángel custodio. Es una presencia real que desempeña un cometido junto al hermano humano.

El ángel habla, nos susurra ideas, propone cambios, sugiere la solución a cada uno de nuestros problemas, nos trae intuición y sabiduría.

Susurra en nuestra mente, en ese momento privilegiado en el que estamos resbalando de la vigilia al sueño, o también al despertarnos, cuando se ha acabado el sueño pero aún no estamos del todo lúcidos.

Las mayores intuiciones y revelaciones de nuestra vida, nos vienen en esos momentos, sugeridas por nuestro «alter ego», del cual, con desdén, rechazamos la existencia.

El ángel habla y nosotros estamos sordos, o más bien, convencidos de haber hablado nosotros o de haber encontrado solos la solución o la inspiración.

Su ayuda nos llega en el silencio y en la tranquilidad, a menudo sin reconocerla, ni pedirla. Si, por el contrario, nuestra postura con relación a él cambiase, se convertiría en una verdadera colaboración.

Estas páginas han sido escritas con la intención: de que estemos un poco más atentos al murmullo de los ángeles, para intentar convertir en un diálogo constructivo su presencia entre nosotros.

Las alas de los ángeles

El ángel es, pues, una realidad, mas, para penetrar en la profundidad de su ser, debemos comenzar por cancelar algunas ideas preconcebidas que tenemos sobre él.

Antes que nada, abandonemos la idea de un ángel con alas emplumadas. Lo sé, es una imagen querida, fuertemente enraizada en nuestra mente, será un lugar común pero es confortador...

El ángel, con sus bellas alas susurrantes como las de las palomas o las de las gaviotas, capaz de volar siempre y en cualquier lugar a nuestro alrededor, de atravesar los ciclos para alcanzarnos es, pura y simplemente, una bella imagen.

Nos ha ayudado quizás a superar el miedo a la oscuridad, siendo niños, o el miedo a estar en casa solos.

Tranquilizaos, el ángel de nuestra infancia ha existido, existe y siempre ha estado junto a nosotros, jamás se ha alejado un metro, ni siquiera cuando hemos olvidado o, peor, renegado de su existencia.

Si queremos extender nuestro pensamiento y ver el ángel «de las cosas», debemos imaginarlo carente de forma humana, alada o no.

El ángel no tiene necesidad de las alas, ni para trasladarse ni para surcar los cielos. De la misma manera, tampoco tiene necesidad de un cuerpo humano. El ángel es energía, es puro espíritu, infinitamente más ligero y sutil que el aire (que puede ser pesado y contaminado) o que la misma luz.

El ángel Es.

Este discurso no es fácil de comprender ni de aceptar, ni siquiera hoy en que nuestra toma de conciencia está muy avanzada.

Imaginad el nivel de evolución de la humanidad hace diez mil años, en la época en la que presumiblemente se desarrolla la narración bíblica.

Los ángeles se manifestaban con mucha frecuencia a los hombres. Para hacerse visibles debían asumir una forma que fuese comprensible a la inteligencia humana. Debían ser creíbles y aceptables.

No podían manifestarse en su verdadera esencia, esto es, puro espíritu o energía del todo informe, y por tanto no perceptible al ojo físico.

¿Quién hubiera dado crédito a una persona que nos dijera haber dialogado con un «remolino de energía»? No le creeríamos ni siquiera hoy, especialmente hoy...

El ángel sabe que no debe atemorizar excesivamente al hombre, y que debe hacerse aceptar como criatura venida del cielo para traer la Palabra divina.

En la imaginación popular ningún ser podría surcar los cielos sin ser sostenido por las alas; ¡se aplastaría contra el suelo!

Y así, para hacerse creíble, el ángel aparece alado. Sus alas susurran armoniosamente, trayendo a la Tierra el eco de las sinfonías celestes que el hombre puede solamente imaginar.

Y con las alas el hombre continuará imaginándose lo y representándolo por milenios.

El cuerpo de los ángeles

La evolución del pensamiento humano ha modificado, a su imagen y semejanza, la figura del mensajero divino. Los ángeles son representados, a veces, como grifos o como cabezas infantiles carentes de cuerpos. A veces, son pequeños infantes alados, rubicundos y mofletudos; otras veces, aparecen privados de alas o poseyendo también dos o tres pares.

A veces son representados desnudos, púdicamente carentes de sexo, o con barba o incluso hasta con apariencias femeninas.

En otras ocasiones vienen engalanados con vestidos vaporosos y agraciados; otras veces con la coraza y armados de punta en blanco; en ocasiones son imaginados y pintados con hábitos sacerdotales o con ricas vestiduras cubiertas de joyas.

Se suceden así, en el transcurso de los siglos, una infinidad de figuras que aparentemente no se asemejan, de hecho, la una con la otra.

Con las nuevas tendencias, después de la llegada del abstracto que ha descompuesto y desorientado los cánones del arte, también el ángel va perdiendo su identidad de figura semejante al hombre, y cada vez más frecuentemente se le representa como luz, como conjunto geométrico multicolor, o con el nervioso e irreconocible trazo gráfico de Paul Klee.

El hombre, por tanto, en el transcurso de los milenios, se ha «reflejado» en el ángel, lo ha retratado según la moda y los estilos, manteniendo firme su principio de visitante llegado de las esferas celestiales.

En muchos casos los ángeles aparecen como un ser

humano cualquiera, se sientan a la mesa del hermano humano y comparten con él la comida, como ocurrió con Abrahám, que hizo amasar tortas de harina para sus visitantes, les ofreció leche fresca y un ternero «tierno y bueno». Mientras los ángeles (de incógnito) comían sentados bajo un árbol, él, de pie, los observa (*Génesis* 18, 8).

También Tobías, durante muchos días compartió el alimento con su misterioso acompañante, pero cuando éste se revela diciendo que es el arcángel Rafael, dirá: «A vosotros os parecía verme comer, pero yo no comía nada, era sólo apariencia» (*Tb.* 12, 19).

En la narración de Lot, los ángeles que van a advertirle de la próxima destrucción de Sodoma y Gomorra, son tan reales en su aspecto físico, y también tan hermosos en su divina perfección, que llegan a ser deseados por los habitantes de la ciudad, que desearon iniciar con ellos relaciones homosexuales.

Una aparición desconcertante, sobre la que se han versado ríos de tinta, fue la que le ocurrió al profeta Ezequiel.

Vale verdaderamente la pena leer el capítulo entero del Antiguo Testamento. Lo resumiremos muy brevemente, pues Ezequiel se alarga describiendo hasta los mínimos detalles de los colores, de los rumores, de las particularidades de la extraña estructura aún hoy misteriosa en la forma y en la función, llamada «Shekinah», la Gloria del Señor.

Al profeta se le apareció un extraño vehículo, indudablemente desconocido para la tecnología de la época. Junto a eso estaban cuatro Seres; cada uno de ellos tenía cuatro alas, dos recogidas en lo alto y dos plega-

das en bajo, completamente cubiertas de ojos. Enteramente cubiertas de ojos eran también las «ruedas», resplandecientes de topacios, por medio de las cuales los querubines se movían (Ezequiel 10, 12).

Bajo las alas aparecían manos de hombre, pero los pies eran de ternero, brillantes «como bronce pulido». Estos cuatro seres tenían cuatro caras: de hombre delante, de león a la derecha, de toro a la izquierda y de águila.

Sobre su cabeza se podía ver un firmamento «resplandeciente como el cristal» (Ezequiel 1, 22).

Isaías nos habla de ángeles con seis alas: con dos se cubrían la cara, con dos los pies y con las otras dos volaban.

Y fue también un ángel con seis alas el que se le apareció a San Francisco inundándolo de alegría y sacro terror.

Ángeles y Devas

Acaso el nombre mismo, ángel, es impropio respecto a las inmensas posibilidades de estos seres. Deriva del griego *aggelos*, esto es, «mensajero», «nuncio».

Este significado lo encontramos en el término hebreo *mal'akh*, «mensajero»; pero ya veremos en el transcurso del libro, que son mucho más que simples portadores de noticias.

Son verdaderos ejecutores de la voluntad divina. Encontraremos bajo su mando y su control cada cosa que exista en la inmensidad de la creación.

El término oriental *Deva*, con el que se definen las

criaturas angélicas, expresa con gran eficacia su esencia. «Deva» deriva del sánscrito «resplandeciente» o más precisamente: «ser de luz». Su raíz etimológica es: *dyaus*, que en nuestra lengua se puede traducir como «pequeña divinidad».

En efecto, en la concepción oriental, el Deva es una especie de divinidad menor, ligada con frecuencia a las fuerzas de la naturaleza. En estas páginas, usaré el término Deva con frecuencia, sobre todo para designar los custodios de los lugares, de los árboles, de las montañas, de las islas, mientras que utilizaré el término «ángel» para los custodios de los seres humanos, aunque si bien, para los efectos, sea la misma cosa.

Veremos más adelante que hasta las más pequeñas partículas de materia tienen su Deva, o inteligencia divina con las que él comparte su destino.

En estas Legiones se cuentan también los seres arcanos a los que la fantasía de los hombres ha dado nombres diversos: gnomos, silfos, ondinas, hadas, elfos, dríadas, duendes, trolls.

También ellos son criaturas angélicas, de los órdenes inferiores, ligadas a la naturaleza y a sus elementos: tierra, fuego, aire y agua.

Controlan la evolución de los reinos mineral, vegetal y animal y también los océanos, las nubes y los vientos.

La duración de su vida es igual a la vida de lo que custodian. El Deva de la amapola vivirá un día, como la amapola, el del cuarzo millones de años, el de una nube pocos minutos, etcétera.

Han entrado en las leyendas y en las fábulas humanas, pues estando ligados a la naturaleza y a sus mani-

festaciones, entran en contacto con los hombres, y entre los hombres de todos los tiempos ha habido clarividentes que lo han percibido.

No tienen una forma definida, pero asumen, con mucha frecuencia, la forma con la que son imaginados por los seres humanos o la de la «cosa» que tienen en custodia, adaptándose a su aura y convirtiéndose en su parte integrante.

Cada cultura y cada pueblo ha dado un nombre particular a sus Devas o «espíritus de la naturaleza», instaurando, con frecuencia, relaciones de simpatía con ellos.

En las costas de Cornualles, el primer whisky del año es dejado en pequeños tazones en las ventanas de las destilerías para que los duendes del lugar lo puedan catar.

De la misma manera, en todas las partes del mundo, a los espíritus de la naturaleza se les «ofrece» la primera miel, o los primeros frutos de la nueva cosecha.

La terminología india es la más seguida en occidente, acaso porque no tiene ninguna reticencia en admitir la existencia de infinitas «pequeñas divinidades».

Los Devas se definen como Chohan, y los Grandes Chohan toman el nombre del Mahachohan. Existe, además, una categoría excelsa denominada los Dhyan Choan.

Es, *grosso modo*, una clasificación semejante a la nuestra. Los Devas corresponden a los ángeles, los Chohan a los Arcángeles y los Mahachohan equivalen a las potencias de la segunda tríada. Los Dhyan Choan

corresponden a nuestros ángeles de la tríada superior: Querubines, Serafines y Tronos.

Estos Seres intermedios entre la divinidad y el hombre, cualquiera que sea el nombre con que sean definidos, son comunes a todas las grandes religiones, en todas las épocas. Como si la humanidad no hubiese podido prescindir de su trabajo y de su presencia.

Con un punto de perplejidad, la Teosofía mira al culto cristiano de los ángeles. Así habla de ello, Helena Blavatsky, una figura titánica en la historia del esoterismo:

«Ningún teósofo, ningún verdadero ocultista ha venerado jamás Devas, Nat, ángeles, o espíritus planetarios. El hecho de reconocer la efectiva existencia de tales seres que, aunque muy excelsos, son también criaturas finitas y de evolución gradual, y sentir reverencia por algunos de ellos, no es veneración...»

»Todos son potencias ocultas que tienen un dominio sobre ciertos atributos de la Naturaleza. Una vez atraídos hacia un mortal, lo ayudan seguramente en ciertas cosas. Aún hoy, en general, cuanto menos se tenga que hacer con ellos, mejor.»

Sobre la *Doctrina Secreta*¹ Edic. Sirio, Trieste, pag. 285, Mme. Blavasky dice:

«Todo el cosmos está guiado, controlado y animado por una serie casi infinita de jerarquías de Seres conscientes, cada uno con una misión que cumplir y que, con un nombre u otro, se les llame Dhyan Choan o ángeles, son los “Mensajeros”, o sea, los agentes de las leyes kármicas y cósmicas.»

1. *Raya yoga u Ocultismo*, pág. 145. Ed. Astrolabio.

Y añade: «Cada uno de estos seres ha sido o se prepara para ser un hombre, si no ahora, al menos en un ciclo pasado o futuro». Es un argumento lleno de fascinación sobre el que volveremos más adelante.

¿Rivales de Cristo?

A pesar de que los ángeles siempre hayan sido propensos hacia el hermano humano, a pesar de su disponibilidad a dar, colaborar y ayudar en nuestra evolución, no siempre la Iglesia los ha visto con buenos ojos.

El culto a los ángeles ha sido con frecuencia minimizado por la jerarquía eclesiástica. La Iglesia parece a veces entrar en contradicción consigo misma, por su excesiva preocupación de no dejarse escapar el monopolio de la devoción cristiana.

Así se expresa Monseñor Del Ton, muy amante de los ángeles, en un reciente libro suyo: *Verdad sobre los ángeles y Arcángeles*.

“No se debe enaltecer a los ángeles con especulaciones en detrimento de Cristo, disminuyendo o bajando una soberana preeminencia que la fórmula del Símbolo niceno-constantinopolitano indica: “todo ha sido creado por Cristo”. El verbo de Dios hecho hombre, es Jefe y Soberano de los ángeles, y ellos, según la teología de la escuela franciscana, de Él han recibido los dones de la naturaleza y los más preciados de la Gracia y de la Felicidad, indefectible, imperecedera, completa.»

Mucho antes de la venida del Cristo, los ángeles han atravesado toda la historia de la humanidad desde sus mismos albores.

Adán y Eva fueron situados en el espléndido jardín del Edén (si es que hubo un jardín en el Edén), custodiado por Uriel, el ángel de la espada llameante.

Después de la expulsión, los ángeles siempre han acompañado el camino del hombre, fieles intérpretes de la voluntad de Dios, colaboradores y ayudantes de la especie humana.

Mucho antes de que cualquier comunidad eclesiástica se preocupase del espíritu de los hombres, fueron los ángeles quienes lo hicieron. El hombre de todos los tiempos ha tenido siempre devoción y simpatía hacia estos hermanos mayores suyos, tan vecinos, disponibles y potentes. Y, sin embargo, cíclicamente, son considerados como «rivales», como si la devoción a los ángeles pudiera quitar algo a la devoción hacia Cristo, o hacia un Dios Padre que, a pesar de su inmanencia en todas las cosas, aparece tan lejano...

He aquí cómo se expresa con el canon 35 el Concilio de Laodicea:

«Los cristianos no deben abandonar la Iglesia de Dios, marcharse, invocar a los ángeles, celebrar cultos en su honor... Todo esto está prohibido. Si alguno, pues, se encuentra en esta idolatría escondida, sea anatematizado por haber abandonado a nuestro Señor Jesús Cristo, hijo de Dios y haberse hecho idólatra.»

Indudablemente, los Padres de la Iglesia en sus orígenes tenían buenos motivos de preocupación. La palabra de Cristo se expandía en una sociedad supersticiosa y paganizante, que aceptaba amuletos de divi-

nidades, provenientes de otras religiones, con tal de que fuesen eficaces...

Talismanes con nombres angélicos, a los que se atribuía la capacidad de curar o ahuyentar la mala suerte, circulaban en todas partes, traídos por viajeros y mercaderes. Provenían de las culturas vecinas egipcias, caldeas, asirias, romanas.

En la mentalidad común no estaba muy claro el concepto de quién debía ser adorado y quién no.

La preocupación, por tanto, debía ser motivada y legítima, pues también en el *Apocalipsis* (19,10) será el ángel mismo quien pone en guardia al hermano humano de un exceso de veneración hacia él:

«Entonces caí a sus pies para adorarlo. (al ángel) Pero él me dijo: “¡Estáte atento! ¡No lo hagas! Yo soy un siervo como tú y tus hermanos que tienen la obligación de prestar testimonio a Jesucristo. ¡Adora a Dios!”...»

Pero con el paso del tiempo, la Iglesia ha tomado una posición menos vaga a este propósito. El hermano ángel entra en las páginas del nuevo Catecismo, con todas las cartas en regla:¹

«La existencia de los seres espirituales incorpóreos que la Sagrada Escritura llama habitualmente ángeles, es una verdad de fe. Los testimonios de la Escritura son tan claros como la unanimidad de la Tradición.»

1. Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica CEI, pág. 98, art. 328: «La existencia de los ángeles es una verdad de fe».

LOS ÁNGELES DE LOS «OTROS»

Irán

¿Cuándo nacieron los ángeles? ¿En qué momento de la creación Dios decidió su existencia?

Naturalmente, nosotros no podemos sino avanzar hipótesis, basándonos en varios pasajes bíblicos.

Según la interpretación de algunos rabinos, nacieron el segundo día, cuando Dios separó las aguas (*Génesis* 1, 6). Según otros, por el contrario, fueron engendrados al quinto día, junto con los pájaros (*Génesis* 1, 20).

Otras hipótesis dicen que los ángeles nacen constantemente, de cada palabra de Dios.

Las criaturas aladas más antiguas de la historia hasta aquí conocida, son los genios de la religión asirobabilónica.

También las religiones hindu-iraníes tienen sus propios ángeles. En el *Zend Avesta* hacen una rápida aparición personajes un poco misteriosos que rodean a Ahura Mazda, el Dios supremo. Son seis divinidades que están constantemente a su lado, denominadas

Amesha Spenta, esto es, los «Inmortales Benéficos» y están destinados a presidir los elementos positivos de la naturaleza. He aquí sus nombres:

VOHU MANAH, el «Buen Pensamiento»: está relacionado con los animales.

ASHA, el «Orden Cósmico-Moral», es también la divinidad del fuego.

KSHATRA, el «Reino» es también la divinidad del metal.

ARMAITI, la «docilidad», preside la Tierra.

HAURVATAT, la «integridad», gobierna el agua.

AMERETAT, la «inmortalidad», es la señora de las plantas.

Y además existen los Yazata, esto es, los «venerables», los cuales son, respecto a los Amesha Spenta, más o menos como nuestros ángeles respecto a los Arcángeles.

En este contexto se inserta una multitud de otras criaturas celestes, las Fravashi, que asumen un papel bastante semejante al de nuestros ángeles custodios.

De la síntesis de los elementos asirio-babilónico y persas, deriva, acaso, la vastísima angelología hebraica.

El *Talmud* afirma: «Los nombres de los ángeles vinieron a Israel por parte de aquellos que volvieron de la cautividad de Babilonia».

Encontraremos, en efecto, en la tradición hebraica las indicaciones de millares de nombres, cosa que no ha sido aceptada por la tradición cristiana.

El Islam

La tradición musulmana tiene una enorme veneración por los nombres de Dios. Su repetición constante es considerada como un potente talismán que defiende al devoto de todo sortilegio.

Mahoma afirma: «Dios tiene sesenta y nueve nombres, y cien nombres menos uno; quien los conoce entrará en el Paraíso».

Algunos doctores musulmanes afirman que el centésimo nombre de Alah es el nombre más grande, el desconocido a los mortales, el impronunciable...

Los Sagrados Nombres son recitados sólo oralmente. Un musulmán no permitirá jamás que sean escritos sobre el papel o metal en caracteres árabes. Cuando se haga necesario transcribir su talismán, son representados numéricamente o con letras interpuestas. Esto es porque se atribuye un enorme poder mágico a la fuerza contenida en el sonido y en el signo.

El hecho de que los mismos nombres sean impresos con caracteres extranjeros, parece no preocuparles, como si el nombre, transcrito en una letra distinta del árabe, se vaciase de toda su fuerza.

Existen diversos elencos de los «noventa y nueve nombres» aunque difieren con frecuencia el uno del otro.

Más allá de los atributos normalmente reservados a Dios, que queda siempre como el Único, el Verdadero, el Puro, etcétera, los textos islámicos admiten la existencia de criaturas no propiamente angélicas, sino «genios muy potentes», y «siete espíritus»; son:

RUQUIAIL
DJEBRAIL
SEMSEMAIL
CERFIAIL
ANIAIL
KESFIAIL

No pretendemos empezar una investigación «arqueológica» larga y difícil en la búsqueda de los antepasados de nuestros ángeles.

El concepto de ángel, con toda su vasta complejidad, parece particularmente radicado en la filosofía de las llamadas Religiones del Libro, esto es, la religión hebraica, la cristiana y la del Islam, aunque sí mensajeros, ejecutores, heraldos, aparecen en todas las tradiciones y culturas de cada tiempo y país.

Criaturas intermedias entre la divinidad y el hombre, han entrelazado eternamente viajes entre Cielo y Tierra, para llevar la Palabra, la Voluntad de Dios a los mortales.

Quizás haya sido esta necesidad de mediación lo que ha hecho tan vigilantes en los hombres la atención hacia las criaturas celestes.

Todavía más compleja sería la investigación y la comparación de la figura angélica en el arte.



Dos ángeles hindúes dibujados en un antiguo texto tibetano.